

T.P.C., capaz de organizar un Certamen de Teatro Aficionado (el primero en la historia y, por lo tanto, anterior al Festival de Sitges) concurriendo al mismo las más cualificadas agrupaciones españolas del momento. Alfredo Marqueríe, el renombrado crítico del diario A B C, escribió entre otras cosas que Ciudad Real se había convertido en la capital del teatro aficionado.

Nace EL CANDIL en Talavera de la Reina, que sustituye por primera vez al teatro profesional (dirigido en aquella ocasión nada menos que por José Tamayo) con la obligada puesta en escena de un Auto Sacramental en el imponente marco de la catedral de Toledo (1961). Hazaña impensable entonces, pero que se consuma brillantísimamente con una pieza original —escrita para tal ocasión— del que sería más tarde conocido dramaturgo: Juan Antonio Castro, autor de obras como “Tiempo del 98”, “Plaza del Mercado” etc., prematuramente fallecido. Amén de esto, en EL CANDIL se dio vida a una interesante modalidad teatral didáctico-pedagógica bautizada como “Teatro-Escuela”, desconocida entonces e ignorada ahora en las célebres normativas oficiales que no “contemplan” lo que ahora y entonces esperábamos algún día contemplar: un edificio construido desde abajo y apoyado en la base. En Guadalajara, el grupo ANTORCHA ilumina estos ardientes años del teatro vocacional y colabora luego en otra hazaña: el prestigioso Certamen Nacional “Arcipreste de Hita”.

Nuestra Comunidad, pionera en estas lides aun-



que cueste creerlo, dio la pauta a otras regiones para que conformaran su trayectoria teatral. Si el anterior palmarés no tuviera suficiente relevancia, para el gusto de hoy, tal vez convenga añadir que en el seno de muchos de estos grupos hallaron su mejor entendimiento y, por supuesto, la única acogida en tan difíciles años, personajes como Neruda y Alexandre, autores clandestinos como Miguel Hernández, García Lorca o Alberti, y empeños literarios como “Cuadernos para el diálogo”, ayudando a conseguir que la luz cultural de otras constelaciones no se apagase del todo. No importa, o importa menos, que esta vieja aportación se desconozca en el día de la fecha. Pero me atrevo a sugerir que otro hubiera sido, acaso, el dignísimo presente del teatro español profesional si el vacío de aquellos años no lo hubiese llenado la esforzada vocación de unos grupos de “Cámara y Ensayo” (coletilla oficialmente aplicada) que se impusieron como norma estar al día cuando los nombres de Bertolt Brecht, Adamov, Ionesco, Sartre, Max Frisch, Strindberg, Samuel Beckett, Durrenmatt y John Osborne, por citar sólo unos cuantos, eran en todo caso una extraña y pretenciosa cantinela para muchos profesionales del momento...

Después nacieron otros grupos con auténtico sentido del teatro, abocados —como siempre— a una continua lucha por su supervivencia.

Pero esa es otra historia.

*José Luis de los Ríos*